

recompensa la eterna, y entre tanto colmadle de gracias y dones del cielo, hacedle feliz y dichoso aun en la tierra. Bendecid, oh Virgen pura, á su muy digno representante entre nosotros, que tiene la bondad de presidir estos nuestros cultos á honor vuestro. Bendecid asimismo al muy ilustre prelado nuestro diocesano, en premio del activo celo que empleó en disponer y promover estas solemnidades. Patrocinad siempre á toda esta nacion mexicana, igualmente empeñada en vuestras alabanzas, y al supremo Jefe que la gobierna, dando á éste luz en todos sus consejos y acierto en sus disposiciones, y á todos los habitantes salud, prosperidad, union y paz tranquila. Escuchad, por último, oh Madre amorosísima, los ruegos de todos nosotros, cuando confiados os pedimos que dispensándonos vuestro patrocinio durante la vida, nos alcancéis tambien la gracia de terminarla en el amor del Señor como Vos comenzásteis la vuestra.—ASI SEA.

SERMON PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE FUNCION
QUE EL COMERCIO DE MEXICO DEDICO
A LA DECLARACION DOGMATICA

DE LA

INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SANTISIMA

EN 23 DE SETIEMBRE DE 1855
EN LA IGLESIA DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI

POR EL

R. P. Don Felipe Villarelo

DE LA CONGREGACION DEL PROPIO ORATORIO

*Corde enim creditur ad justitiam: ore
autem confessio fit ad salutem.*

Porque de corazon se cree para justicia:
mas de boca se hace la confesion
para salud.

Ad Rom., c. X, 10.

Illmo. Señor (1):

Si la creencia de los misterios de la fe se hubiera de encerrar tan solo en los secretos del corazon humano, se impediría la comunicacion de los hombres sobre aquellos intereses que forman su felicidad en esta vida y sus espe-

(1) El Illmo. Sr. Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, dignísimo arzobispo de México, celebrante de pontifical.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

ranzas para la otra. Si los dogmas que confesamos en la publicacion de las doctrinas y en el ejercicio de las divinas alabanzas, no están guardados cuidadosamente en los senos de nuestra alma, nuestras confesiones serían tan solo mentiras convencionales que se desvanecerían como el humo y la niebla: es, por consiguiente, necesario para que la Religion sea el vínculo más fuerte de la sociedad, que todos creamos con el corazón; é igualmente indispensable que confesemos con la boca. El Apóstol lo ha dicho: *Corde enim creditur ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem.*

Mas es necesario advertir que, según la sucesion de los tiempos, ha querido la divina Providencia beneficiar más y más á las generaciones humanas ampliando las puertas de sus tesoros, y manifestando cada vez más claros los resplandores de su luz indeficiente. Así, con la venida del Eterno Verbo al mundo, y con la predicacion del Hombre-Dios y de sus apóstoles, se generalizó el conocimiento de misterios antes ocultos, ó apenas revelados por espejos y enigmas (1) á los fervorosos patriarcas, á los profetas y los padres. Así los errores del entendimiento ensoberbecido de los hombres, en los primeros siglos de la Iglesia, provocaron las declaraciones de grandes verdades, que antes permanecían confusas y fueron despues claramente establecidas. La procedencia eterna é igual del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo; el dogma del pecado original, y otros grandes asuntos de la Religion esclarecidos en Nicea; la maternidad divina de María, y como consecuencia la union hipostática de la divinidad y humanidad en una persona que es Jesucristo, declaradas y sostenidas en Efeso; y mil y mil verdades sacadas á luz de la oscuridad de la tradicion, defendidas sábiamente por los Padres de la Iglesia, y dignamente explicadas por los teólogos de las escuelas, nos confirman en la certeza, de que Dios ha sacado de la fuente de su

(1) S. Pab. 1 ad Cor. 13-12.

infinita sabiduría, luces cada vez más claras y resplandecientes, conforme han sido más exigentes las necesidades que nacen de la ignorancia y orgullo de los hombres.

En la época presente, parecía ya que como en los dias de Samuel, se había hecho escasa la palabra de Dios, y al mismo tiempo se hacía sentir la necesidad de un fuerte llamamiento hecho al mundo, para que éste recordara los dogmas más importantes de nuestra adorable Religion; para que la piedad adormecida se despertara en las entrañas corrompidas y moribundas de los mortales; para que se rindiesen todos los espíritus y tributaran un obsequio de general confesion á la autoridad del sucesor de San Pedro; y últimamente, para proporcionar á las almas devotas un sentimiento, nuevo y dulcísimo, de la más fervorosa devocion. Y este llamamiento (atended os ruego), este llamamiento es la declaracion hecha por la Silla apostólica, de que “María Santísima fué concebida sin la mancha del pecado original.” Este es, pues, el dogma que manifiesto al mundo católico todos hemos creído con el corazón: *Corde enim creditur ad justitiam*, este es el dogma que todos confesamos con la boca y con las alabanzas: *Ore autem confessio fit ad salutem.*

Se presenta, pues, á mi discurso la más cómoda division en estos puntos: celebrando la definicion dogmática de la Pureza inmaculada de María, se aviva y se confirma en nuestra alma la fe de los principales misterios y verdades de nuestra adorable Religion; y celebrando y publicando sus alabanzas se alienta en nosotros la piedad no menos que la esperanza.

Respetables pontífices (1), sábio clero, piadosos oyentes, á quienes el amor y veneracion para con la incomparable Virgen María os ha reunido hoy en este templo, ayudadme á pedir por su intercesion poderosa la gracia que necesito.—AVE MARIA.

(1) Hallábase tambien en el presbiterio el Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. José M. de Jesús Belaunzarán, antiguo obispo de Linares.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Corde enim, etc.

Es imposible agradar á Dios sin creer (1) y para que el mundo que se enorgullecía en vez de humillarse con las cadenas del error, fuera completamente vencido, determinó Nuestro Señor contra la esperanza, y fuera de la prevision de los hombres, que sola la virtud de la fe hubiese de triunfar de todo el universo como enseña el evangelista San Juan: *Haec est victoria quae vincit mundum* (2). Mas esta fe había de penetrar el corazón humano por la palabra, y solo la de Dios había de ser tan poderosa. Habiendo terminado aquellos tiempos en que Dios mismo, ó como quiere la mayoría de los teólogos, por ministerio de los ángeles hablase á los hombres escogidos, sucedieron otros de más liberal misericordia en que se hubiese de mantener constantemente un órgano de verdad y certeza, contra el cual no prevaleciesen las puertas del infierno (3), y que fuese siempre la columna y fundamento de la sabiduría (4). Y aunque desde el principio de la Iglesia se comunicara á todo hombre que viene á este mundo (5) la luz necesaria sobre aquellas cosas indispensables para su salvacion, era preciso que, como se habían de renovar en distintas épocas, revelaciones hechas á los santos para la reforma de las costumbres y observancia del Evangelio, así tambien se renovaran, esclarecieran y consolidaran ciertos artículos de nuestra creencia para avivar la antorcha de nuestra fe.

Ved aquí, señores, las ventajas que á la Iglesia universal resultan de la declaracion de la pureza de María, y de su santidad desde el instante primero de su sér; pues

- (1) Ad Hebr., 11-6.
- (2) Joan., 5-4.
- (3) Matth., 16-18.
- (4) 1 Tim., 3-15.
- (5) S. Joan., 1-9.

como fué necesario para confusion de Pelagio y de sus seguidores, declarar el dogma del pecado original, á pesar de que el hombre conocía dolorosamente en sí mismo su existencia y sus estragos, así en los últimos tiempos se hacía ya indispensable recordarnos á todos la vileza de nuestro origen, haciendo contrastar con ella la excelencia de la maravillosa concepcion de María Virgen y Madre de Dios. Y ciertamente, nunca serán para esta digna y santísima Señora más agradables nuestros cultos, que cuando nacen de un corazón que se reconoce oprimido de los efectos de una culpa heredada, y humillado (1) con la triste evidencia del peligro en que nacimos y del desagrado de Dios, que nos mereció el padre primero. De esta suerte es como nuestra fe nace del corazón contrito y humillado, *corde enim creditur ad justitiam*, pues de otro modo no podría justificarnos aquella virtud por poderosa que sea.

Dios crió al hombre (2), y aunque debió éste su origen al humilde cieno, la virtud del divino aliento le infundió un noble y generoso espíritu: lo realzó con tantos dones, lo adornó con tantas gracias, que en expresion de David (3) el hombre ocupaba el primer lugar entre las obras de las divinas manos. ¡Pecó Adán!..... ¡perdió la gracia!..... ¡y desde entonces se asignó la época de la decadencia del linaje humano!..... El mismo Real Profeta, considerando los bienes que Dios continuamente dispensa al hombre aun despues de su lamentable caída; creyendo en su palabra que no faltará jamás (4) y fijo en la promesa hecha á nuestros Padres del Redentor Divino; lleno de un entusiasmo santo, ¿qué es el hombre? (5) le pregunta al Señor. Para que yo, mis amados oyentes, pueda deciros quién él es, despues de su desobediencia, habré de referiros antes un lastimoso suceso.

- (1) Salm. 50.
- (2) Genes., 2-7.
- (3) Salm. 8.
- (4) Salm. 118-74.
- (5) Salm. 8-5.

Un infeliz pasajero, postrado en medio de un camino, bañado en su propia sangre y cubierto de mortales heridas de la cabeza á los piés, despojado enteramente por los ladrones de cuantos bienes traía consigo, y tan maltratado por la violencia de estos pérfidos, que falto ya de aliento, está, si así puede decirse, como reclinando su cabeza en los brazos de la muerte. Pero aun es lo más sensible y que hace subir de punto su desgracia, que llegando allí un sacerdote, penetrado de horror de aquellas llagas, suspende el camino que llevaba, toma otro muy diverso y deja á aquel hombre necesitado en el mayor desamparo. Acércasele igualmente un levita, y despues de ver un suceso tan triste, revestido de la misma crueldad y dureza que el primero, retrocede, se ausenta, lo abandona, y en tales circunstancias queda ese desventurado, no solo sin esperanza, sino aun casi falto de las señales de vida. ¿Os conturba, os entenece y llena de asombro esta pintura que os muestra el evangelista San Lucas (1)? ¿Podreis concebir alguna vez criatura más pobre ni cosa más abatida (2)? Pues ya no hay que preguntar qué cosa sea el hombre prevaricador. Pero todavía no aparteis la vista de ese caminante infeliz que yace en tierra, desnudo y cubierto de polvo y de sangre, porque en él vais á comprender con más claridad lo que somos al venir á este mundo, pese al racionalista.

Es ese hombre, así hablan San Jerónimo y San Ambrosio, es ese hombre el género humano contenido en Adán, quien estando en Jerusalem, esto es, en aquel lugar de paz y seguridad, en aquel ameno y delicioso sitio donde lo colocara la benéfica mano del Dios que lo formó, toma por su mutabilidad ó inconsideracion el peligroso camino de Jericó, y cae desde luego en manos de salteadores, quiero decir, en manos de su soberbia, de su ignorancia y de su infidelidad, quedando desde entonces he-

(1) S. Luc., c. 10.

(2) Salm. 21-7.

rida toda nuestra naturaleza y despojada de los dones de la gracia. Perdióse aquella justicia original que tenia suavemente sujeto el apetito á la razon, la razon á la ley y todo el hombre á su Dios. Perdióse la paz y serenidad de su corazon, y al instante levántase contra él una impetuosa tempestad de males que lo rodea, y el humo negro de las pasiones que, cegándolo, dan con él en tierra y apenas lo dejan con señales de vida. *Semivivo relictó*. Allí comienza á sentir aquella rebeldía de la carne contra el espíritu, de que tanto se quejó San Pablo (1). Allí conoce su desamparo, su desnudez y su soledad. En tales circunstancias lo verán los sacerdotes y los levitas (segun interpretacion de Orígenes); los sacrificios de la ley antigua nada podrán valerle, porque no hay en la tierra remedio para su mal. Víctimas, holocaustos, oblaciones, nada sois para tan grave dolencia, ni hay otra medicina más que la que está encerrada en los tesoros de una infinita misericordia.

Despues de haber visto el lamentable estado de Adán y su descendencia, pasemos ya á ponderar la felicidad de aquella criatura cuya concepcion immaculada ha llenado de admiracion á las celestiales inteligencias. María Santísima, preservada de la culpa, no ha experimentado sus efectos. La gracia que recibió desde el primer instante de su sér, no consistió únicamente en la exclusion de todo pecado, sino que su cuerpo estuvo siempre sujeto á su espíritu; sus acciones todas reguladas por la razon; razon iluminada por la fe; su fe animada por la caridad. María estaba destinada para concebir en su castísimo seno al Verbo hecho hombre (2), al médico divino, al celestial samaritano que había de derramar en la profundidad de nuestras llagas el bálsamo saludable de su sangre preciosa, como se explica el Crisóstomo (3). Si nosotros, miserables hijos de Adán, no hubiésemos necesitado de un Redentor, María no habría sido creada y preelec-

(1) Rom. c. 7-23.

(2) San Juan.

(3) Citado por Corn. A. Lapid. in Ev. S. Luc.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.